



Organización de los Estados Americanos

Ponencia del Dr. Kevin Casas Zamora¹ Secretario de Asuntos Políticos de la Organización de Estados Americanos (SAP/OEA) en el Panel Presidencial del Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA)

Más que hacer una evaluación del estado de las relaciones entre EEUU y América Latina, dividiéndolas por temas o por países, y diciendo cuáles son los problemas que definen esos vínculos hoy, lo cual hay otra gente que lo puede hacer mucho mejor que yo, quisiera transmitir aquí 3 ideas que tienen que ver menos con la coyuntura y más con las corrientes estructurales que pueden definir las relaciones hemisféricas en el futuro.

La **primera idea** es que, con frecuencia, cuando hablamos de las relaciones entre EEUU y América Latina (AL), la discusión se reduce casi totalmente a lo que sucede en los canales oficiales de la relación, esto es la relación entre gobiernos. Así, nos pasamos debatiendo si el Presidente Barack Obama fue o no fue, si el Secretario de Estado dijo o no dijo, si la Presidenta de tal o cual país fue invitada a la Casa Blanca, si el Presidente de tal o cual país expulsó al embajador de EEUU, etc.

Cada vez que entramos en esa discusión, desde hace años terminamos cayendo en dos cosas: en primer lugar en la recriminación a los EEUU porque no le prestan suficiente atención a AL; en segundo lugar, en los juicios fáciles de que los EEUU están perdiendo rápidamente su influencia en AL y se están volviendo irrelevantes.

Yo creo que esta es una forma muy parcial de ver las cosas, porque lo cierto es que las relaciones entre EEUU y AL no se agotan en los canales oficiales. También incluyen lo que pasa entre las sociedades, lo que pasa entre los sectores privados, lo que pasa entre las familias, incluso. Y cuando se trata de eso, yo me atrevo a decir que, cualquiera que sea el juicio que hagamos del estado de la relación a nivel oficial, hoy los vínculos entre las sociedades latinoamericanas y la sociedad norteamericana son más densos que nunca antes.

Los vectores que definen el estado de la relación hoy no son las declaraciones oficiales, sino los vínculos entre los sectores privados y aquellos que se derivan de la migración. Yo no sé si el Departamento de Estado le ponga más o menos atención a AL de lo que le pone a otras regiones, pero sí sé que hay casi 800,000 millones de dólares en el comercio bilateral cada año entre EEUU y AL; si sé que son enormes los flujos de inversión que están viajando en ambas direcciones: el stock de inversión directa de los EEUU en AL se duplicó desde el 2006 y llega ya casi a un trillón de dólares. Yo no sé qué tan importante sea que algún país latinoamericano haya expulsado a un embajador estadounidense o a la agencia de cooperación, pero sí sé que hay más de 35 billones de dólares anuales en remesas que desde este país viajan a algunas de

¹ En representación del Secretario General, José Miguel Insulza.

las economías más vulnerables de AL y que están ayudando a transformarlas. Digo más: el activo más importante sobre el que se va a construir la relación entre EEUU y AL en el futuro son los más de 50 millones de latinos y descendientes de latinos que viven en este país. Ellos son una fuerza poderosísima para derribar las barreras de incomprensión y de desconfianza que históricamente han emponzoñado la relación. Y aquí hablo por experiencia directa. Mis padres vivieron más de 20 años en los EEUU. Este país fue generoso con mi familia. El afecto que alguien como yo le tiene a este país tiene raíces muy profundas.

Ahora bien, ese es un activo que puede sostener la relación en la medida en que los latinos se sientan bienvenidos y valorados, no acosados, aquí. Nada haría más por la relación entre EEUU y AL que ambas partes comprendan que el mestizaje cultural que está teniendo lugar en EEUU es verdaderamente uno de los fenómenos más fascinantes y emocionantes del mundo. Así, pues, la relación entre EEUU y AL tiene que ver con mucho más que gobiernos; tiene que ver con sociedades que se están mezclando de una forma irresistible e irreversible, aunque a veces se nos olvide.

La **segunda idea** que quiero expresar tiene que ver con la política de EEUU hacia AL, esto es, ahora sí, con los canales oficiales de la relación. Con frecuencia uno oye el reclamo de que no hay una política de EEUU hacia AL. Yo tengo la impresión de quienes dicen eso esperan que en la Casa Blanca o en el Departamento de Estado aparezca alguien con una gran idea, con un gran proyecto, que se convierta en “la política” de EEUU hacia AL. Yo creo que ya la cosa no funciona así. En efecto, si ustedes me preguntan, yo creo que no hay *una* política del gobierno de EEUU hacia AL, pero es que no puede haberla y tampoco debe haberla, más allá de algunos enunciados muy generales.

Ya no hay, como sí lo hubo durante la Guerra Fría, un gran concepto que explique la lógica de lo que hace el gobierno de EEUU en su relación con el resto del hemisferio. En la Guerra Fría el asunto era muy fácil: la contención del comunismo daba para casi todo y explicaba casi todo. Ya no. A estas alturas AL es muy compleja para eso: son sociedades mucho más sofisticadas, con vínculos cada vez más densos con el resto del mundo, con una mayor complejidad política. Existen diversas realidades y necesidades sub-regionales. Los temas que importan en la relación entre EEUU y Brasil no son los que importan en la relación entre EEUU y México o los países de Centroamérica. Las prioridades que definan la relación deben ser diferenciadas y, consecuentemente, el enfoque mucho más sutil. Me recuerda aquel libro emblemático del periodista francés Marcel Niedergang, publicado allá por los años 70, que llevaba por título “Las 20 América Latinas”.

Si Washington ha de tener una relación constructiva con AL, debe “desarmar” la región en sub-regiones y en países. Me atrevo a decir que así lo ha entendido la Administración Obama. Pero, además, el concepto de “Washington” es problemático también. La verdad es que hoy hay múltiples actores institucionales en los EEUU que participan en las relaciones con AL. No hablamos aquí solo de la Casa Blanca o el Departamento de Estado. Hablamos también del Departamento de Justicia, la DEA, los gobernadores de los estados fronterizos, etc.

Entonces, cuando se repite incesantemente eso de que no hay *una* política de EEUU hacia AL, pienso que no se reconoce que el juego cambió, que estamos jugando un deporte distinto al de antes. Voy a hacer aquí una metáfora que ilustra de manera imperfecta lo que estoy diciendo, una metáfora que probablemente sólo será entendida por aquellos que hayan

vivido en Inglaterra y hayan tenido que descifrar esa curiosa invención inglesa, el cricket. El cricket es un juego que, a diferencia del béisbol, no se gana con un solo gran batazo, con un jonrón, “swinging for the fences”, como dirían aquí, sino con la paciente acumulación de pequeños golpes de bate y carreras en diferentes partes del terreno, a lo largo de mucho, mucho tiempo. Ese es el juego que pueden jugar EEUU y AL en este momento.

Ahora bien, que no haya un solo concepto que defina la relación entre EEUU y AL, ni un solo patrón que deba seguir esa relación, no significa que no podamos, ni debamos aspirar a algo grande.

Esta es mi *tercera idea*: yo estoy convencido de que los gobiernos de EEUU y AL fortalecen su relación y trabajan juntos en muchos temas —desde la generación de prosperidad económica compartida hasta la mitigación de las consecuencias del cambio climático, desde la defensa de la democracia hasta el combate al crimen organizado—pueden lograr cosas extraordinarias, que de otro modo, trabajando separados o en oposición, no van a lograr. Una alianza hemisférica, basada en el respeto mutuo, puede ser, en verdad, una de los fenómenos que defina el siglo XXI. Y, en honor a la verdad, lo que le he oído decir al Presidente Obama apunta en esa dirección, por lo menos retóricamente.

Al decir esto me viene a la mente una anécdota que alguna vez le oí decir a Felipe González. Decía González que en alguna reunión que tuvo con François Mitterrand a principios de los años 90, cuando le explicaba la mucho mayor atención que la política exterior española le estaba prestando al fortalecimiento de los vínculos con AL —atención de cuyos efectos todos hemos sido testigos en la región—el comentario de Mitterrand fue: “Ah, si tan solo Francia pudiera tener a América Latina de su lado.”

Si eso es cierto respecto de España o Francia, lo es mucho más respecto de EEUU. Yo no sé si el poder y la vitalidad de los EEUU están decayendo o no en términos absolutos (un tema que ha generado una pequeña industria literaria en Washington en los últimos 2 ó 3 años), pero no tengo ninguna duda de que en 50 años EEUU va a tener relativamente menos poder en el mundo, va a tener, digamos, un pedazo más pequeño de la torta. Fortalecer sus vínculos con AL —desde el intercambio comercial hasta la integración física y la articulación de estrategias comunes en material de seguridad o de suministro energético—le va a permitir a los EEUU hacer cosas en el mundo que no van a poder hacer de otra manera, de la misma manera que, digamos, a Francia estar dentro de la Unión Europea le permite hacer cosas que ya no podría hacer sola. Para volver a la anécdota de Felipe González y Mitterrand, EEUU puede tener a AL de su lado y AL a EEUU, si así lo quieren ambas partes.

Una alianza hemisférica es una alianza natural. Ya dije antes que nuestras sociedades se están integrando ante nuestros ojos, y eso es porque la geografía y la afinidad cultural son fuerzas muy poderosas, muy difíciles de resistir. EEUU tiene un impacto inmenso en AL, mucho mayor del que ningún otro actor extra-regional va a llegar nunca a tener. Correlativamente, no importa cuánto crezca económicamente Asia o cuánto se deterioren los conflictos en el Medio Oriente, ninguna otra región va a tener el impacto que AL tiene ya en la vida cotidiana de todos los que vivimos en EEUU. Pero además, porque existe en el hemisferio una comunidad de valores, que es real. En esta parte del mundo, nos guste o no nos guste, el que más y el que menos, todos somos hijos de la Ilustración y compartimos un credo democrático. Eso cuenta.

Pero para que esta alianza se consolide hace falta vencer moldes mentales muy arraigados en ambos lados. En el caso de EEUU, es preciso no ver a la región como su “patio trasero” —y, por amor de Dios, dejen de usar esa expresión— sino como parte de una casa compartida, porque el hecho es que AL ya está metida en su casa. Tan cierto es esto que los temas que hoy definen la relación entre EEUU y AL —desde la política anti-narcóticos hasta la relación con Cuba—son todos temas que tienen un pie en la política interna de EEUU.

Y en el caso de AL hay muchísimas cosas que vencer. Para empezar, hay que vencer la noción adolescente de que para AL es posible atender algunos de los desafíos más complejos que la aquejan, excluyendo a los EEUU de la mesa de discusión. Yo les deseo buena suerte a quienes quieran tener una discusión inteligible sobre qué hacer en materia de crimen organizado o de migración, sin que EEUU sea parte de la conversación. Hay que vencer el insufrible victimismo que identifica a todos nuestros males como frutos de alguna conspiración urdida en Washington, como si nuestra incapacidad de cobrar impuestos, el estado lamentable de nuestros sistemas educativos y nuestra predilección por el verbo encendido de los caudillos antes que por la paciente construcción de instituciones, no fueran una pesada responsabilidad de nosotros los latinoamericanos. Hay que vencer la idea, ostensiblemente falsa, de que el desarrollo en nuestro hemisferio es un juego de suma cero, en el que cualquier beneficio que obtenga EEUU en sus relaciones con AL lo obtiene invariablemente a costa de ella. Hay que vencer esta delectación que tienen algunos por relitigar infinitamente el pasado, por creer que todo agravio sufrido —que los ha habido y muchos— es un obstáculo insalvable para formar en el futuro una alianza que nos puede traer beneficios mutuos. En algún momento hay que tomar una decisión de ver hacia delante. Esa fue la decisión que tomaron los europeos tras la Segunda Guerra Mundial, luego de infligirse entre ellos agravios infinitamente peores a todos aquellos que podamos endilgar los latinoamericanos al gobierno de EEUU. En América Latina no necesitamos mesías que nos rediman de nuestro pasado, sino estadistas que sean capaces de ver hacia el futuro como adultos; que sean capaces, esto es, de leer el mundo en prosa y no en poesía.

Yo creo que sería un colosal fracaso si dejamos que nuestros prejuicios nublen el entendimiento de las enormes oportunidades que ofrece para todos nuestros pueblos formar una verdadera alianza de largo plazo entre EEUU y AL. Lo que en el fondo estoy pidiendo es nada más que nuestras políticas se pongan a tono con lo que está pasando entre nuestras sociedades, que se están integrando aceleradamente frente a nuestros ojos. Y no tiene que ser un matrimonio por amor, pese a que, insisto, hay valores compartidos. No importa que sea un matrimonio por interés, nacido del pragmatismo más chabacano, del simple cálculo de lo que podemos ganar todos si trabajamos juntos.

En suma, creo que haríamos bien en entender que reducir la relación entre EEUU y AL a los canales oficiales deja por fuera lo esencial; que pedirle a EEUU una sola política hacia AL es pedir algo que no tiene sentido; y que hay muchísimo que ganar si los países del hemisferio, incluyendo EEUU, vencen arraigados prejuicios y ponen las relaciones hemisféricas en el centro de su política exterior.

Muchas gracias.